

Marcuse y el positivismo lógico



En una obra recientemente traducida al español (*El hombre unidimensional, ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1968), Herbert Marcuse hace unas consideraciones interesantes acerca del trasfondo ideológico de una de las posiciones filosóficas más extendidas en nuestro medio: el positivismo lógico. Como es bien sabido, Marcuse destaca el carácter enajenante de las sociedades industriales avanzadas, capitalistas o socialistas, su ser bárbaras e irracionales a pesar de su alto grado de organización. Entre otros aspectos, este tipo de sociedades se caracteriza por un totalitarismo radical, incluso en el sentido de que sus miembros no pueden *concebir* siquiera un orden diferente de aquel en que se hayan insertos.

Dentro del mundo capitalista y, concretamente, en los Estados Unidos una filosofía, el positivismo lógico, colabora en esta tarea de arraigar a los individuos dentro del *status*, por su peculiar manera de concebir el lenguaje y de operar sobre él. El positivismo asimila el concepto al lenguaje significativo, que es aquel cuyo contenido puede verificarse, en última instancia, en la experiencia perceptiva. Eso por lo que se refiere a los vocablos científicos, y en lo que respecta al lenguaje en general no se le concede generalmente, más implicación que la que le da la forma de conducta determinada

por la publicidad y el uso común. "Así, la palabra se hace *cliché* y como *cliché* gobierna el lenguaje hablado o escrito" (p. 107). Este empirismo del lenguaje concluye, pues, en que sólo es significativo el lenguaje funcional que elimina el remanente metafísico de los sustantivos y las palabras (o conceptos) generales o universales. Para los positivistas, según Marcuse, "la 'cosa identificada con su función' es más real que la cosa separada de su función, y la expresión lingüística de esta identificación (en el sentido funcional y en las diferentes formas de contracción sintáctica) crea un vocabulario y una sintaxis básica que impide el paso a la diferenciación, la separación y la distinción". Pero Marcuse no está de acuerdo con el funcionalismo: "Este lenguaje que constantemente impone *imágenes* milita contra el desarrollo y la expresión de *conceptos*. Su inmediatez y su estilo directo, impide el pensamiento conceptual; así, impide el pensamiento. Porque el concepto no identifica la cosa y su función. Tal identificación puede muy bien ser el legítimo y quizá incluso el único significado del concepto operacional y técnico, pero las definiciones operacionales y técnicas son usos específicos de conceptos para propósitos específicos. Más aún, disuelven los conceptos en operaciones y excluyen el intento conceptual que se opone a esta disolución. Con anterioridad a su

uso operacional, el concepto *niega* la identificación de la cosa con su función; distingue aquello que la cosa *es* de las funciones contingentes de la cosa en la realidad establecida" (p. 115).

Ya en la práctica Marcuse muestra la misión del funcionalismo, por ejemplo, en las relaciones obrero-patronales. Psicólogos y técnicos contratados por las empresas califican las quejas de los obreros como vagas o significativas y en consecuencia imposibles de satisfacer si no se traducen a un lenguaje más práctico, concreto y funcional. Expresiones acerca de las condiciones del trabajo tales como "los baños no están limpios", "el trabajo es peligroso", "la paga es baja", requirieron una traducción. Así, la primera cambiada por: "en tal y cual ocasión yo fui al baño y la taza estaba sucia"; y la tercera, atribuida a un trabajador concreto B, fue trocada por "su mujer está en el hospital y... él está preocupado por las cuentas de doctor que debe. En este caso el contenido latente de la queja es el hecho de que las ganancias actuales de B, debido a la enfermedad de su mujer, son insuficientes para satisfacer sus actuales obligaciones financieras" (véase p. 129 y ss.). Para Marcuse estas traducciones cambian tendenciosamente y radicalmente el significado real de las proposiciones al cancelar su generalidad. La generalización de las proposiciones iniciales indican que se toma un caso particular como manifestación de un estado general, el cual no puede ser cambiado si se alivia sólo tal o cual caso particular. "La traducción relaciona la declaración general con la experiencia personal del trabajador que la hace, pero se detiene en el punto en el que el trabajador individual se experimentaría a sí mismo como 'el trabajador', y donde su trabajo aparecería como 'el trabajo' de la clase trabajadora" (p. 130). "Una vez que el descontento personal es separado de la infelicidad general, una vez que los conceptos universales que militan contra la funcionalización son disueltos en referencias

particulares, el caso se hace un accidente tratable y de fácil solución" (p. 131).

Por tanto, en un lenguaje en que los conceptos y enunciados generales son tratados como vagos o asignificativos, no se puede enunciar (o concebir) una situación radicalmente diferente de la que se vive. El lenguaje del positivismo lógico es *unidimensional* porque le amputa al lenguaje su carácter *negativo*, esto es, su capacidad de negar o condenar *la totalidad* de un sistema de vida, y de referirse a una situación no existente o *todavía* no existente. Se trata de un lenguaje deformado por imperativos tecnológicos acientíficos en la medida en que la técnica no puede ser identificada con la ciencia.

Para Marcuse el poder práctico revolucionario del pensamiento ha radicado siempre en su carácter negativo, en su capacidad de contraponer y confrontar el "es" con el "debe", de concebir el mundo de los hechos como un universo histórico integrado por la manipulación humana de los datos de la experiencia, y por lo tanto susceptible radicalmente de cambio. Gracias a ello el pensamiento filosófico crítico ha sido siempre trascendente y abstracto, "la filosofía comparte esta abstracción con todo el pensamiento genuino, porque nadie piensa realmente si no abstrae de aquello que es dado, si no relaciona los hechos con los factores que los provocan, si no deshace —en su mente— los hechos. La abstracción es la vida misma del pensamiento, el signo de su autenticidad" (p. 154).

El positivismo lógico, para Marcuse, por su situación de servidumbre en relación con la tecnocracia, por la reducción que realiza de los objetivos de la filosofía y de los caracteres del pensamiento y del lenguaje constituye una nueva miseria de la filosofía.

Abelardo Villegas